

EL VAIS DE LOS ESPAÑOLES



Nieves Michavila

ÍNDICE

1ª PARTE. A LAS ÓRDENES DE NAPOLEÓN.

CAPÍTULO 1	9
CAPÍTULO 2	37
CAPÍTULO 3.	65
CAPÍTULO 4.	93
CAPÍTULO 5.	121

2ª PARTE. BAJO EL YUGO FRANCÉS.

CAPÍTULO 6.	141
CAPÍTULO 7.	171
CAPÍTULO 8	201
CAPÍTULO 9	235
CAPÍTULO 10	265

3ª PARTE. EVASIÓN TEMERARIA.

CAPÍTULO 11	293
CAPÍTULO 12	327
CAPÍTULO 13	357
CAPÍTULO 14	387
EPÍLOGO	427
APÉNDICE	437

En 1807 España es una de las pocas naciones de Europa aún no invadidas por Napoleón Bonaparte. Para mantener la alianza franco-española, el emperador exige un ejército de apoyo compuesto por catorce mil hombres, entre quienes se halla el capitán de Voluntarios de Barcelona Vicente Puig Formenti, mi antepasado. La expedición, al mando del marqués de la Romana, parte ignorando los verdaderos planes de Napoleón para España.

Esta es la odisea de aquellos hombres, mujeres y niños que participaron en la expedición a Dinamarca que cambió drásticamente sus vidas y el destino de Europa. En memoria de todos ellos, rescato este episodio de la historia que durante mucho tiempo cayó en el olvido.

Primera parte

A LAS ÓRDENES DE NAPOLEÓN

Abril a diciembre de 1807



CAPÍTULO 1

La observaba en silencio a la luz de los primeros rayos. Se dibujaba en su rostro una sonrisa plácida, fruto de una noche intensa y desbocada que los había dejado extenuados y hambrientos a la vez el uno del otro, sin darse tregua, agotando los últimos instantes antes de... ¿Cuándo sería la próxima vez? ¿Regresaría...?

Quería recordarla así, dormida en un sueño sereno a la espera de la siguiente noche juntos. Necesitaba sentir la seguridad de que lo que tenían era más fuerte que nada y podrían sobrellevar la separación. ¿Y sus hijos...? Eran tan pequeños... ¿Cómo recordarían a su padre durante este tiempo? ¿Cuánto tiempo...?

La música animaba el ambiente de la corte de Carlos IV congregada en el Real sitio de Aranjuez, aglomerando a la alta nobleza, la mayoría con lujosas residencias de su propiedad en la ciudad. Desde su aposento, María Luisa tenía una vista excelente del hermoso paisaje al que aportaban aún más colorido los concurrentes a la jornada de ese miércoles 22 de abril.

—Corre a por el rey y dile que está aquí el bebé de nuestro querido Manuel. Con su madre, doña Pepita.

El guardia, habituado a la fuerte personalidad de la reina consorte, a cuyas órdenes siempre se plegaba el rey sin rechistar, se apresuró a obedecer.

María Luisa cogió cuidadosamente al bebé envuelto en mantillas entre sus brazos, de los que se sentía orgullosa y procuraba exhibir como único vestigio de su otrora belleza desgastada por más de veinte embarazos entre abortos, hijos malogrados que vivieron poco tiempo y los siete que lograron alcanzar más edad. Al contemplar al bebé no pudo dejar de esbozar una media sonrisa en un mohín forzado de sus labios para no entreabrirlos y dejar ver los dientes postizos que intentaban disimular los espacios vacíos de los restos de su dentadura, adivinados por el gran hundimiento de sus mejillas en las zonas huecas, que eran la mayoría. Prematuramente avejentada por este motivo desde antes de los cuarenta, a sus cincuenta y cinco lo asumía, pero no perdía la coquetería que la recataba quitando espontaneidad a su expresión. Sus ojos, sin embargo, eran muy vivaces y compensaban la falta de piezas dentales, logrando distraer la atención y ejercer magnetismo con una voz melodiosa y charla inteligente, resultado de la educación recibida por sus mentores en la ilustrada corte de Parma.

—Qué tierno es... ¿Y qué dicen sus hermanitos?

—Mi pequeño Manuel no hace mucho caso. En cuanto a Carlota... Está loca con su hermanito. Lo quiere cargar como si fuera una muñeca.

—¿Y qué dice la madre de Carlota?

—Ya sabéis, majestad. Siempre con caras largas y haciéndome feos, recordándome a todas horas que ella es la legítima esposa del príncipe de la Paz y que mis hijos siempre serán solo unos bastardos.

—Ella sabe perfectamente que su matrimonio con nuestro queridísimo Manuel fue una transacción, y ella salió más favorecida que nadie. Ya sabes, querida, que tú eres la verdadera

mujer de Manuel. María Teresa fue solo un apaño para que Manuel pudiera emparentar con la familia real y así conseguir más respeto de todos los que tanto lo critican, inventando lo que haga falta para perjudicar su imagen, cuando es el único que ha sabido defender como es debido los intereses de España.

—María Teresa no se conforma con ese papel, majestad. Y eso que en Madrid ella vive en el palacio de Manuel, como su esposa que es, mientras que yo he de quedarme en el del Retiro con mis hijos. Ahora dice Manuel que está bastante insoportable con todo lo de las obras del palacio de Buenavista, que nunca terminan.

Irrumpió el rey Carlos IV, visiblemente emocionado con la contemplación del bebé. Su sonrisa, amable y bonachona, reforzaba la mirada limpia, serena y confiada de su semblante rubicundo, enmarcado por peluca blanca rematada por sendos tirabuzones en forma de rodete a la altura de las orejas. La moda imperante de casaca estrecha en cintura y ancha de cadera resaltaba aún más su abultado vientre que con los años iba ganando terreno al sufrido chaleco destinado a contenerlo.

—Pero si está aquí nuestro pequeñuelo...

—Majestad... —se inclinó Pepita ante el rey, situado a la vera de su esposa, que se incorporaba también al verlo entrar. El alto tocado de María Luisa lograba sobrepasar la estatura del monarca.

—Pepita, a ver si nos ayudas con el besamanos... Yo ya no estoy para eso. Me gusta la tranquilidad, ir de caza, tocar el violín... Pero detesto la política. Menos mal que tenemos a nuestro queridísimo Manuel para resolver nuestros asuntos. Pondría mi mano en el fuego por él. Nos da mucha tranquilidad.

—Solo él sabe manejar con pericia esos asuntos de las guerras, los tratados... Vivimos tiempos muy revueltos, Pepita.

—Así es, señora. Y mi pobre Manuel lleva demasiado peso sobre sus hombros. Tiene que tomar decisiones difíciles y más estando siempre en el punto de mira para criticarle el más mínimo error. De sus aciertos poco o nada se dice. La gente se

dedica al chismorreo y ya sabéis las barbaridades que se escuchan por la calle...

—Mira, Pepita... Yo ya estoy acostumbrada, desde casi niña, cuando vine a esta corte, a ser mirada con lupa, a ser criticada, a que se inventen cosas para desacreditarme, primero ante don Carlos III, cuando éramos príncipes, y luego ya reinando, por los nobles, por las camarillas... Ya me da igual lo que digan. Lo importante es que tenemos a Manuel y él no nos va a traicionar para hacernos caer como quieren muchos...

—¿Y cómo va todo ese asunto de Napoleón? —la voz fina del soberano lo hacía parecer más desvalido a los avatares de la política que afectaban a España y escapaban a su capacidad.

—Manuel ha sopesado muy bien todo y no ha quedado más remedio que aliarse con Napoleón y enviar parte de nuestro ejército al norte de acuerdo a sus exigencias.

—¿Pero cuánto ejército? —se preocupó María Luisa.

—Bastante, majestad. De hecho, ha sido necesario enviar al ejército que se hallaba de guarnición en el reino de vuestra hija en Etruria.

—¿Ya han salido?

—Hoy mismo, majestad.

Al toque de la campanilla se presentó un lacayo ceremonioso presto a cumplir los deseos de su amo y soberano.

—Traed refrescos para todos.

—Nos vendrá bien ese refresco —aplaudió María Luisa—. Dile a Manuel que confiamos en él ciegamente. Y respecto a este pequeñín, queremos darte nuestra enhorabuena. Te regalaremos un título nobiliario. ¿Qué te parece?

Antes de que Pepita pudiera responder, intervino el monarca.

—¿Cómo que uno? Le han puesto el nombre tuyo y el mío, así que un título por cada uno. Es lo justo.

—A sus órdenes, mi general.

El capitán del batallón de Voluntarios de Barcelona se cuadraba con solemnidad ante el general en jefe de la División.

Sujetando entre sus manos el sombrero que apoyaba sobre el sable pendiendo del cinto, aguardaba en pose marcial a que se le revelara el motivo de haber sido mandado llamar ante el ilustre marqués de la Romana.

—Síntese, capitán Puig —el marqués de la Romana parecía concentrado en la lectura de los papeles que ocupaban la mesa de su escritorio. Vicente se sintió como si estuviera siendo sometido a un examen. Estaba leyendo su hoja de servicios...

—¿Habla usted francés?

—Sí, mi general.

—Su segundo apellido es Formenti. ¿Es italiano?

—Sí, mi general. El apellido es originario de Italia, pero ya lleva años en Cataluña. Mi abuelo Miquel me explicó nuestra historia.

—Habla de él con admiración. Parece que ha influido mucho en usted.

Con la evocación de su abuelo Miquel surgían tantas vivencias extraordinarias... Miquel Formenti había sido no solo su abuelo, sino su padrino, y siempre cumplió con esta obligación lo más cabalmente que supo.

—Le tengo mucho cariño a mi abuelo Miquel, que en paz descanse. Gracias a él hablo francés, italiano y alemán.

—Era un hombre ilustrado, por lo que veo.

—Sí, mi general. Siempre pendiente de mi porvenir... Pero al final no seguí el camino que él reservaba para mí.

—Así que usted es un militar por convicción.

.. —Sí, mi general. Mi abuelo renunció a sus planes conmigo y me ayudó a cumplir mi sueño de lograr el ingreso en los Reales ejércitos.

—¿Su abuelo llegó a verlo convertido en oficial?

—No, mi general. No había pasado un año desde que faltara mi abuelo cuando Francia nos declaró la guerra. Y yo creí mi deber presentarme voluntario.

—Me ha causado una honda impresión, capitán Puig. Me gusta su talante.

—Muchas gracias, mi general. Procuraré servirle en todo lo que tenga a bien mandarme, poniendo todo mi empeño en llenar sobradamente mis obligaciones.

Satisfecho con la reacción del capitán, el marqués de la Romana fue al grano.

—Como ya habrá adivinado, doy gran importancia a los idiomas. Tal vez porque domino varios y sé lo valiosa que es esta habilidad en un momento como este en que nuestro ejército está cruzando fronteras y abriéndose a Europa. Necesito reunir a todos los hombres que puedan servir de intérpretes. A partir de ahora nos unimos al ejército francés y es indispensable que haya un buen entendimiento, lo cual será más sencillo si la tropa comprende las órdenes que recibirán del ejército imperial.

—No se preocupe, mi general. Ya me ocuparé de que la compañía bajo mi mando cumpla todas las órdenes y haré lo posible por enseñarles las palabras sencillas que se requieran para el servicio.

El marqués de la Romana le pasó unos oficios en francés para que informara a sus superiores.

—Aquí tiene. Es una gran ventaja que también hable alemán. Nos dirigimos hacia Hamburgo. Allí será de gran utilidad para entenderse con la población cuando sea necesario. Por ahora, ocúpese de que no se produzca ningún incidente con las tropas francesas.

—Por supuesto, mi general.

—Pero quiero pedirle algo más. Permanezca atento a todo lo que ocurra entre las tropas francesas que pueda pasar desapercibido a los españoles que no hablan su lengua. El mando de las tropas lo asumirá el mariscal Bernadotte, príncipe de Pontecorvo. Quiero que me haga saber cualquier rumor o comentario sobre Napoleón o el mariscal que le resulte extraño.

—Sí, mi general. ¿Y si el general Kindelán me pregunta?

—La dirección de nuestras tropas está a cargo del general Kindelán y usted ha de cumplir a rajatabla sus órdenes en todo lo concerniente al servicio. Pero lo que le estoy encomendando

es algo confidencial, y por ello ha de acudir a mí directamente. Se trata de una precaución adicional de observación al ejército aliado. No pecaremos de incautos si podemos evitarlo. Son aliados, pero no amigos. Recuérdelo.

—Lo entiendo perfectamente, mi general. Me mantendré informado y permaneceré atento.

—Muy bien, capitán Puig. Pues ya le dejo marchar para que reanude su trabajo con los preparativos de la marcha a Bayona. ¿Va todo bien?

—El único inconveniente es que aquí en San Juan de Luz no se encuentran forrajes y así es imposible que la caballería llegue a Bayona en un día como estaba ordenado. Estamos a cinco leguas y media, pendientes de las disposiciones que mande el general Kindelán. ¿Alguna orden más, mi general?

—Nada más, capitán. Y no olvide que es imprescindible el buen entendimiento con las tropas aliadas. Ya puede retirarse.

Le costaba regresar a sus raíces, a los lugares donde había transcurrido su infancia, de la que apenas salió cuando apareció aquel militar alto de expresión cálida que la atrapó apenas cumplidos los diecisiete.

—Son tantos los recuerdos que me trae esta iglesia... Ayer se cumplieron cinco años. ¿Te acuerdas, Camila?

—¿Cómo no acordarme de su boda, señora? No ha habido novia más guapa que usted en Salamanca.

—No exageres, Camila...

—¿Exagerar...? Si sabré yo de las envidias de muchas contra usted... Don Vicente se enamoró en cuanto la vio. Y muchos más que yo me sé, pero mejor me callo... Pero vamos, que nos esperan en la botillería doña Ramona y su marido.

Durante el recorrido por la plaza de Santa Eulalia evocó esa primera vez con Vicente. Al calor de aquel 25 de julio se añadió el que le venía de dentro cuando él la comenzó a besar. Ni supo cuándo se quedaron los dos desnudos. Solo recordaba sentir sus labios recorriendo su cuello y siguiendo hacia sus hombros, la presión en su sexo de la dureza del suyo, sus pechos en

la boca de él y esas manos recorriendo diestramente su geografía despacio, haciéndola estremecer y desear más y más ese contacto que iba adentrándose en la abertura del goce, mezclándose el dolor con la ansiedad de sentir esa dureza que la traspasaba haciéndole perder el control de sí misma y dejando escapar los gemidos involuntarios que su boca no pudo ni quiso reprimir.

Se le hacía muy dura esta separación de Vicente y la incertidumbre de cuánto tiempo duraría. Cada carta de Vicente le alejaba más de España, sin que se supiera todavía el punto final de esa expedición.

—¿Tú te quedaste viuda muy joven, Camila?

—Ni un año duramos casados. No hubo tiempo de hijos. Mi Ernesto tenía tantos planes... Pero la vida es así, y Dios sabe por qué hace las cosas. No nos damos cuenta de lo que vale la salud hasta que la perdemos. Estaba en la flor de la vida y de un día para otro empezó a sentirse mal. En poco tiempo se quebrantó del todo y murió de hidropesía. Yo tenía veinte años recién cumplidos cuando nos casamos.

—¿Y qué hiciste?

—Rezar mucho. Llorar y pedir por su alma. Y pensar en qué querría él que hiciera yo al quedarme sola. No tenía a quién recurrir. Ernesto y su hermano trabajaban en la sombrerería de su padre, que había faltado el año anterior. Mi cuñado se quedó todo el negocio al faltar mi Ernesto.

—Pero tú eras su viuda. Tenías derecho a tu parte.

—Ay, señora, qué poco sabe del mundo. Las mujeres no tenemos nada si un marido o un padre no responde por nosotros. Y sin ninguna de las dos cosas, solo podemos intentar defendernos de las garras de los aprovechados, como me pasó a mí con mi cuñado. Me propuso ser su querida y cuando lo rechacé, me intentó tomar por la fuerza. No sé ni cómo pude soltarme, porque mi memoria no lo quiso retener. Una no sabe de dónde saca fuerza cuando hace falta. El caso es que grité tanto y me resistí de tal modo que su cobardía no quiso tentar

la suerte y no lo volví a ver. Pero no me sentía segura y cambié de ciudad. Así llegué a Salamanca...

—Ahí están Ramona y Francisco...

Francisco se quitó el sombrero para saludar a su cuñada y a Camila. No era alto, quizá algo más bajo que Ramona, de estatura más elevada que la de su hermana, de tipo agradable, aunque no tan llamativo como el de Gertrudis. Francisco cuidaba su aspecto meticulosamente y no podía detectarse una arruga en su ropa. Sus pulcros zapatos parecían no haberse estrenado. Se mantenía siempre erguido y sus ademanes eran finos y galantes. La barba confería autoridad a su rostro, que sin ser agraciado, tenía mucha viveza y resultaba atractivo, especialmente por la gentileza con la que hablaba.

—Mejor que entre yo y les digo lo que hay. No es un sitio para señoras de bien como ustedes.

—La acompaño, Camila. Que tampoco está usted para ir sola por estos lugares.

Francisco se atusó el bigote y haciendo un esfuerzo para no demostrar incomodidad, se adentró junto con Camila en aquel ambiente de aire enrarecido en que el humo formaba tal cortina que semejaba una bruma espesa e irrespirable. Bastaba con inhalar para conseguir el mismo efecto de los fumadores sentados en escasas mesillas. La mayoría de los hombres se sentaban en la barra. La luz del día que entraba por las pequeñas ventanas iluminaba la estancia que a otras horas quedaba prácticamente a oscuras bajo la luz tenue de los candiles. La suciedad del local no invitaba a sentarse. Francisco se acercó a la barra mientras Camila preguntaba al dueño.

—¿Les queda nieve?

El dueño asintió, informándole a Camila de lo que tenían para elegir entre amplia variedad de helados y refrescos, y por supuesto la leche aromatizada con miel y canela que tanto le gustaba al señorito Vicentín.

—¿Salgo a preguntar a las señoras?